

UN SALMÓN ESFORZADO

Bidazti

Juan y Pedro eran pescadores como podían haber sido montañeros, cazadores, chiquiteros o futboleros. Ya saben que hay gustos de todo. El de estos señores –señores ya que estaban casados y tenían hijos– era la afición a la pesca, pero no la que se efectuaba en barcas o en las rocas, desafiando las rompientes del Paseo Nuevo, Igueldo, Ulía o Jaizkibel. No. La pesca que a ellos les gustaba era la fluvial, con todo ese jaleo de lanzar y recoger el sedal, avanzar y retroceder en medio de las corrientes aguas del río, metiéndose hasta donde aquéllas les llegaban hasta el ombligo.

Por eso, esta primavera mañana dominiguera, fría y amenazando lluvia, Juan y Pedro dejaron el coche algo más allá de Vera de Bidasoa y, uno para arriba y el otro para abajo del río que aquí ya no es fronterizo, se dispusieron a dar la batalla a los afamados salmones de tan histórica vía fluvial.

Había que verlos cuando cada uno se despidió del otro: *¡Hasta la una, aquí junto al coche!*

Llevaban puestas esas botas polainas que llegan hasta la ingle, unas chubasqueras impermeables con su correspondiente gorro de flotantes orejeras, prenda típica del avezado “mariñel” que desafía impávido las turbulencias del Cantábrico y los furibundos vientos del noroeste, aunque ellos todo lo que tenían que afrontar era el “sirimiri” y la corriente –no tan inocente como muchos creen– del Bidasoa.

La consabida cesta de pescador colgada en bandolera hablaba de su optimismo sobre el resultado que pensaban obtener donde tantos y tantos volvían con las manos vacías. Las cañas que llevaban al hombro, con sus brillantes carretes y sedales, completaban el aparatoso equipo con el que pensaban derrotar a los esquivos salmones.

Pero no vamos a relatar ahora las proezas realizadas, aquella fría mañana, por los émulos de San Pedro, cada uno en su zona cuidadosamente elegida. Eso sería aburrido para ustedes y para mí ya que: ¿Hay algo más monótono que pasarse las horas contemplan-

do a un pescador de caña, aunque éste se adentre en el río con sus botas impermeables arriesgándose al resbalón y al baño consiguiente? ¡No! Así que es mejor que retrocedamos hasta la bonita Villa de Vera y nos desayunemos tranquilamente un par de huevos fritos con chorizo –un “jatorra”, con ribetes de caníbal diría: *“un hombre entero”*– regado con estupendo blanco navarro y complementado con albo pan no menos navarro. Así uno se reconcilia con todas las virtudes raciales que se atribuyen a los vascos. A los pescadores, entregados de lleno a su tarea, dejémosles lanzando y recogiendo sedal. Ya los encontraremos al medio día en el lugar de encuentro.

* * * * *

Bueno, pues, ya ha pasado la mañana, así que volvamos junto al coche que les trajo de Erreterria y a ella los retornaría y veamos qué ha deparado la suerte piscatoria a nuestros amigos.

Ambos coincidieron en llegar junto al coche. Nosotros nos escabullimos dentro de nuestras holandesas y les dejamos hablar a ellos.

– *¡Me caso en diez! ¡Qué fría está el agua!*
– fue la primera frase de Pedro.

– *Tienes razón* –contestó Juan– *¿Qué tal te ha ido?*

– *Dados los tiempos que corren no me puedo quejar. He pescado un salmón no muy grande, pero me tendré que conformar.*

– *También yo he pescado uno... pero... ¡Rediola! ¡Los esfuerzos que he tenido que hacer para sacarlo del agua! ¡Debía ser el Einstein de los salmones por lo que sabía!*

– *No creo que las hayas pasado tan canutas como yo. Pese a su tamaño, me ha costado un cojón sacarlo* –(Pedro no se achicaría en una historia de pesca)–. *Se ve que, con eso de la polución de las aguas, se ha hecho una selección y sólo han sobrevivido los más listos y más fuertes...*

– *Así debe ser, pero con todo lo que te ha costado, dudo mucho que sea tanto como a mí. Un ingeniero no habría encontrado tantas*



Foto: Andrey Urcalayeta

piedras en que apoyarse, tantas ramas de árboles, tantos remolinos en que buscar librar-se del anzuelo... ¡Eso no era un salmón. Era un auténtico diablo del río!

– ¡Seguro! El mío es de la misma casta. Si el tuyo es el Einstein de los salmones con todo mérito, el que yo he pescado añade a la sapiencia la fuerza. El condenado tenía más energías que Perurena en sus buenos tiempos. ¿Y trucos? ¿Qué no habrá intentado? Con decirte que hasta se me metió entre las piernas enrollándolas con el sedal.

La discusión entre pescadores que defienden los méritos de sus capturas ya se sabe que está llena de hipérbolos y que, muy difícilmente, uno reconocerá como superiores las dificultades acumuladas por el otro para lograr la pieza. Y ésta no era una regla que rompiesen ni Juan ni Pedro. Por ello, sin dar su brazo a torcer, Juan prosiguió la amistosa discusión afirmando:

– Todo lo que quieras, pero seguro que no te ha costado casi una hora, como a mí, hacerte con él.

– ¿Una hora? Pues... no sé. Pero sí que me ha llevado tiempo, sí, aunque no lo haya medido. ¡Cómo tiraba el condenado! A veces creía que estaba en un concurso de "soka-tira" compitiendo con toda una cuadrilla.

– ¡Eso mismo hacía el mío! Tiraba tanto y con tal energía que me arrastró casi hasta la zona profunda del río. Tan poco faltó que me entró agua por encima de las botas.

– ¿De qué te crees que estoy tan mojado? Cuando me enredó el sedal a los pies, del tirón que me dio caí de morros y, por un tris, no se me ha ido con sedal y caña. Menos mal que no había mucha profundidad si no, no sé lo que hubiera pasado.

– ¡Vaya! ¡Pues sí que era un salmón listo y fuerte! ¿Me lo enseñas?

– Aquí lo tienes, míralo qué hermoso... –y le mostró un salmón de unos cuarenta centímetros y cuatro kilos escasos de peso.

Juan se sintió ofendido. No le cabía en la cabeza que "aquello" hubiera arrastrado a Pedro. Seguro que se había resbalado y caído sin que el pez tuviera ni arte ni parte en ello. Así que, enfadado replicó:

– A eso llamas salmón? ¡Pero si es una "txiritxua"! ¡No me jodas! No me vas a hacer creer que para pescar "eso" has pasado tantos apuros...

– ¿Lo dudas? ¡Fíjate, fíjate bien...! ¿No ves cómo todavía está "SUDANDO" el condenado?